

Diablotexto *Digital*



PEPE CERVERA: *ALGUIEN DEBERÍA ESCRIBIR
UN LIBRO SOBRE ALEJANDRO SAWA*
Palencia: Editorial Menoscuarto, 2016, 188 pp.

ROCÍO SANTIAGO NOGALES
UNED

Con el sugerente título *Alguien debería escribir un libro sobre Alejandro Sawa*, Pepe Cervera lo ha hecho. Un libro al que es difícil encasillar en una tipología y al que el propio escritor quiere llamar por su hiperónimo: “—¿También son relatos? —No. —Una novela. —Tampoco. —Entonces qué. Me encojo de hombros. [...] No lo sé. Un libro” (12). Trasladándonos a una dimensión a caballo entre realidad y ficción, y presente y pasado, el autor valenciano consigue atrapar al lector con su original modo de tratar nueve episodios de la vida de Alejandro Sawa (1862-1909), el bohemio sevillano que en su juventud militó en el Naturalismo más feroz, que viajó a París a finales del siglo XIX, se codeó con Paul Verlaine, regresó a España abanderando los nuevos movimientos literarios fraguados en la capital francesa, se convirtió en el líder de los cafés y tertulias, pero murió “ciego, loco y furioso”, en palabras de su amigo Valle-Inclán, y en la más absoluta pobreza, sin haber cumplido los cuarenta y siete años de edad, sin un reconocimiento y sin más gloria que la de servir de inspiración para la creación del inmortal Max Estrella.

Sin embargo, pese a lo inadvertido que pasó literariamente, no se puede decir lo mismo de las anécdotas y el halo de leyenda que rodea a su figura, tan atractiva como para convertirse en personaje en numerosas ocasiones. Además de Max Estrella en *Luces de Bohemia*, ha sido Rafael Villasús en *El árbol de la*



ciencia (Pío Baroja, 1911), Alejandro Nava en *Encarnación* (Joaquín Dicenta, 1913) o aparece con su propio nombre en *Las máscaras del héroe* (Juan Manuel de Prada, 1996); igual que lo vuelve a hacer en este 2016 para protagonizar nueve episodios incompletos e inconexos de su propia vida, los cuales se ha encargado Pepe Cervera de perfeccionar con datos inventados, pero plausibles.

Y es que el punto de arranque de estas historias reside en los datos verídicos facilitados al escritor por Amelina Correa Ramón, Vicente Gallego y Richard Cardwell. A partir de ellos, Cervera ha ido entretejiendo realidad con invención, dando voz a un Alejandro Sawa adolescente, posteriormente adulto y derrotado, que vamos descubriendo gracias a que el propio escritor se pone en la piel del narrador saltando de la primera a la tercera persona. Acompañamos a Pepe Cervera en sus descubrimientos, quebraderos de cabeza y disertaciones sobre el bohemio, asistimos a las explicaciones que de él hace a su mujer y pasamos de la más viva contemporaneidad, en la que el autor nos abre la puerta de su desordenado despacho iluminado por un fluorescente, a la Málaga finisecular y el Madrid de principios de siglo, consiguiendo que nos adentremos, no solo en la vida personal del bohemio maldito, sino en toda su época. Pero incluso en ese trance se oyen los ecos del presente, donde la voz del autor reflexiona elocuentemente para después reconducir la historia. Quizás, reside ahí la originalidad y el grato y sorprendente desconcierto de la lectura. Una lectura que, cuando uno la acaba, tiene la sensación de haber formado parte del proceso creativo, de haber acompañado a Pepe Cervera en sus indagaciones, de haber sido cómplice de sus propósitos, confidente de sus pensamientos y de haber recorrido todo el camino, callejeando en ambos sentidos, literal y metafórico. Al lector de *Alguien debería escribir un libro sobre Alejandro Sawa* no se le entrega solo el resultado, sino que asiste a la escritura del libro sobre Alejandro Sawa.

El proyecto le rondaba en la cabeza al escritor desde hacía muchos años, y su escritura también se ha fraguado a lo largo de un dilatado tiempo cargado de intermitencias. Esta maduración ha ayudado a que la configuración del libro se haga de un modo distinto, despojando a las hojas del sensacionalismo que arrastran las más famosas leyendas sobre Alejandro Sawa y reconstruyendo



literariamente episodios cotidianos. Así, el tan reiterado, supuesto y a la vez tan incierto beso que Víctor Hugo dio a Sawa en la frente (o en los labios) que, para su conservación, el bohemio optó por no lavarse la cara, no es tratado en este libro, pero sí mencionado para justificar, precisamente, que no se va a tratar:

Lo cierto es que la leyenda, como todo lo que causa admiración y sorpresa, viene soportando el paso del tiempo bastante mejor que la realidad. Preferimos la seducción del mito antes que arriesgar un desengaño con la evidencia. Pero esa anécdota no aparecerá en el libro que me he propuesto escribir. No, en este libro no gastaré palabra alguna para comentar el dudoso beso de Víctor Hugo, ni tampoco si Alejandro Sawa se lavó la cara o se la dejó de lavar (98).

Efectivamente, no hay en el libro ni rastro del beso de Víctor Hugo, ni de la escena del sepelio en la que un clavo hirió la sien del fallecido y se dudó de la efectiva muerte, ni del viaje a París a pie. Por el contrario, se refleja a un Alejandro Sawa de dieciséis años que vive en Málaga, a un Sawa compañero y amigo Joaquín Dicenta, a un novio que conoce al tío de su querida Jeanne Poirer o a unos restos mortales lamentablemente desaparecidos al no poder costear el mantenimiento de su sepultura en el Cementerio de la Almudena de Madrid.

Pese a ello, la personalidad arrolladora del sevillano es cautivadora aún en lo que debiera ser más ordinario y menos sensacionalista. Se rehúye el prototipo y lo que se descubre no defrauda, pues Sawa sigue siendo todo un personaje, un maestro de la palabrería, ceremonioso, dispuesto a hacerse un hueco entre las plumas más laureadas y como aspirante a brillar como una estrella. Curioso juego de palabras valleinclanescas si se ponen en conexión con Max Estrella. Pero aquí no aparece ese personaje, aparece el de carne y hueso, rellenando los vacíos de su vida.

Muchos de los datos que ahí se reflejan no son ciertos, tampoco aspiran a ser un engaño, sino que, simplemente, se desconocen los verídicos y, por eso, los que se aportan son los hilvanes para presuponer qué podría haber sucedido, para filosofar y debatir sobre la existencia, la literatura o la propia vida. Sí, son trazos presupuestos, pero tan bien inventados que dan sentido a esta ficción, la cual resulta sumamente verosímil, tanto que la doctora Correa Ramón, biógrafa del bohemio, tras leer *Alguien debería escribir un libro sobre Alejandro Sawa*, preguntó al autor de dónde había sacado ciertos datos que a ella no le constaban



entre sus archivos, y la respuesta de Pepe Cervera fue bien clara: “es que me los he inventado”.

Parece que Cervera quiere mezclar vida y literatura, como él mismo dice: “dos materias fundidas como se funde el magma para cristalizar en roca volcánica” (164). Y eso es lo que ha logrado: un libro. Ni una investigación, ni una novela, ni una biografía, sino una mezcla de géneros, un todo en uno. Al final, el escritorio se queda vacío, los materiales recopilados durante años se guardan en una caja y “ahí, al alcance de la mano, hay un libro sobre Alejandro Sawa, ahí mismo, sí, y alguien debería escribirlo” (185). Así acaba esta aventura, pero puede volver a empezar, cada vez que un lector abra este libro, o lo que es lo mismo, un libro sobre Alejandro Sawa.